

Evolución de la Democracia: El Egocentrismo Político como Lastre¹

Agustín de la Herrán Gascón²

“La tragedia de las democracias modernas es que no han acertado a realizarse”
(J. Maritain)

La mayor parte del mundo declara estar en un estado democrático. Pero eso es sólo relativamente cierto, incluso para las *democracias* que se consideran *avanzadas*. Lo que hoy se llama *democracia avanzada* no es otra cosa que *predemocracia*, el *eslabón perdido* entre los viejos sistemas de abuso-sometimiento, y la verdadera democracia que podría llegar a ser. Nos encontramos en la antesala de formatos más maduros de democracia que aún no han emergido.

I EL EGOCENTRISMO HUMANO: PRINCIPAL (E INÉDITO) PROBLEMA EDUCATIVO Y SOCIAL. Hemos definido *egocentrismo humano* como *motivación fundamental* de la inmadurez personal y social (A. de la Herrán, 1997; A. de la Herrán, y J. Muñoz, 2002; A. de la Herrán, e I. González, 2002; A. de la Herrán, 2003). No se diferencia en tanto del *egocentrismo infantil* (2-7 años) -que J. Piaget definía como “dificultad para darse cuenta de que el propio punto de vista es uno entre varios”-.

Al contrario, ese infantilismo es arrastrado y actualizado durante toda la vida, individual y colectivamente, pudiendo describirse como: Menor capacidad para *relativizar y empatizar* con los demás; atención polarizada en lo propio o a lo que se considera propio, y consecuente *difuminación* de lo(s) demás; dificultad para integrar el propio punto de vista en coordenadas más amplias cuyos beneficiarios sean otros ajenos al entorno *egocéntrico*; y dificultad para la autocrítica, de sí y del entorno de identificación. Esto es porque el sujeto o colectivo egocéntrico no se autocrítica. El alcance del egocentrismo en las esferas de la acción humana y como reto para la educación es un campo de estudio apasionante y casi inédito. Se trata de definir su presencia como *lastre principal de la evolución de la democracia, y, en todo caso, referente a disolver, soltar o superar mediante (auto)formación* (Gadamer).

II CARACTERÍSTICAS DE LA DEMOCRACIA EGOCÉNTRICA. Observando con un mínimo de *detenimiento crítico* las intervenciones y los debates parlamentarios podrá apercibirse de que integran una serie de características o regularidades:

1. Sobre su funcionamiento general: La *democracia egocéntrica* es la *democracia de la cantidad, de los representantes* y de la *parcialidad*. Esta circunstancia exige confiar, una vez elegidos, en las instituciones y en los *candidatos*. Esta forma de democracia determina quién ejercerá una suerte de *hegemonía* o *influencia temporal*, para desplegar un estilo y unas decisiones en su mayoría previsible. La organización (dual, partidista) de la democracia invita a la política, y la práctica política se nutre de egocentrismo individual y colectivo, con relación al propio *ismo* y hacia otros, que se entienden como afines, concursantes o concurrentes. La misma configuración de partidos motiva poco al desarrollo de procesos más generosos o centrados en el conocimiento y la conciencia.

2. Sobre los medios de comunicación:

¹ Herrán Gascón, A. de la (2004). Evolución de la Democracia: El Egocentrismo Político como Lastre. *Revista Acontecimiento* (72: Monográfico: “Los Déficit de la Democracia”), 45-49.

² Prof. Titular Universidad Autónoma de Madrid.

Espejo de la democracia. Los medios reflejan la imagen especular (a veces *coloreada*, *distorsionada* o *sucia*) de la democracia cuantitativa y son los canales de comunicación entre partidos y ciudadanos. Con respecto a la política de partidos, vehiculan su comunicación social e impersonal sobre respuestas predeterminadas, con dos intenciones básicas: la respuesta a los problemas y la conservación de la propia imagen-identidad del partido respondiente. No parecen orientados a la formación humana más allá de los *ismos*.

Función formativa de los medios. Los medios no parecen asumir que una *dimensión formativa* pueda y deba centrar a la *informativa*, a la *lúdica*, a la *económica* y a la *política*. Y mucho menos que su práctica profesional pueda consistir precisamente en esto: velar por ello y ser capaz de desarrollarlo de un modo didáctico. Su talante oportunista al servicio de la respuesta de la cantidad de audiencia se encuentra a la misma altura que la *democracia cuantitativa* en cuyo seno se desarrollan.

Importancia mediática y política de los líderes de referencia. Los medios se articulan en sus partidos a través de sus *líderes políticos*, *representantes* o *administradores* (*suministradores*) de *premisas* y *razones*. Éstos actúan como modelos y referentes para el aprendizaje y la argumentación. Tienden a ser emulados por los seguidores o votantes, que los absorben por identificación u observación. Estos líderes son el epicentro de la *programación mental compartida*, fuente básica de parcialidad.

3. Pensamiento único:

Pensamiento débil. Por *pensamiento débil* entendemos en este contexto como idéntico a *pensamiento ajeno*, *egocéntrico*, *previsible*, *dual*, *identificado*, *único*, *prejuicioso*, etc. Del *pensamiento débil* provienen procesos de *crítica inmadura*: la defensa a ultranza, la atribución de culpas fuera, el cuestionamiento permanente, sistemático y a priori al otro, la capacidad de duda disminuida, la dificultad para percibirse *distanciadamente*, la ausencia de autocrítica y de capacidad de rectificación, la incoherencia, la hipocresía, la ausencia de generosidad, de renuncia, de voluntad de convergencia y de servicio desinteresado, etc. Se opone a *pensamiento fuerte* –y por ende a *democracia fuerte*–, que comprendo como equivalente a *pensamiento propio*, *consciente*, *autónomo*, *autocrítico*, *complejo-evolucionista* (*orientado a la posible evolución humana*), *indagador*, *creativo* (*flexible*), *dialéctico*, etc.

Programas mentales compartidos y conocimientos sesgados de base. Sus conocimientos se articulan en líneas argumentales de *programas mentales colectivos* (A. de la Herrán, 1997), definidos por oposición mutua y por tradición histórica. Su dinámica (o *estática*) se opone al pensamiento propio o a la *razón educada* (I. Kant, F.E. González Jiménez, 2002). Actúan desde y para una percepción escorada de la realidad, que las define, y se realimentan de ella. Habitualmente, al contrario que el pensamiento científico o filosófico, primero deciden y luego argumentan. Centran la interpretación de la realidad en función del color del cristal con que la miran, aunque el resultado puede no depender de aquel color: aunque sea transparente, puede que *no se pueda ni se quiera evitar colorearlo*. A esto hay que añadir que, a veces, quien mira no está exento de dioptrías. La política en democracia es una sinfonía de intereses particulares que busca sonar bien ante el espectador.

Motivaciones básicas. Las motivaciones *públicas* de la democracia egocéntrica son, *hacia su partido y lo entendido como propio o como afín*: Búsqueda de la rentabilidad, de la asociación y de alianzas estratégicas, establecidas en función del provecho y de los propios intereses, cuya culminación es ejercer el poder y una no menor preocupación es mantenerse en él. Para ello no se duda en practicar las alianzas suficientes, o desarrollar discursos valiéndose de lo generalmente aceptado. *Hacia el oponente y lo percibido como concursante*: quedar por encima y pugnar permanente por *ganar*. Para lograrlo no se duda en erosionar o

quebrar su imagen y, en caso de gran hegemonía, tomar represalias cuando las orientaciones o tesis de otros no les convienen.. *Hacia el votante*: convencerle permanentemente de que la suya es la mejor opción, la más acertada y digna de confianza, de que el futuro deseado será más probablemente alcanzable con su partido que con otro.

Las motivaciones particulares responden a lo que podríamos llamar la *estrategia del camaleón*, que soluciona la dialéctica entre los intereses de la economía familiar y los intereses de partido. Es importante reparar en que el político vive debido a las ideas que defiende. Así pues, cuando se defienden ideas de partido, se está practicando la *estrategia del camaleón*: un ojo se coloca en el partido y otro ojo en la propia familia. Siempre los intereses familiares y económicos de cada político estarán por delante de los partidistas. Pero de éstos dependen los primeros.

Imposición interna del partido. El *pensamiento partidista* con frecuencia se uniformiza internamente, lo que a veces se considera *indicador de calidad* o de ausencia de discrepancias. Esta *inmovilidad* tiende a no reconocer nada mejorable o reprochable en las actitudes, procesos o resultados del propio partido. La consecuencia es que se tiende a actuar como un *bloque*, estructurado en el *programa mental compartido*, hasta el punto de ser indeseable -en diversos grados y según los temas- la crítica hacia el propio partido, su planificación y sus acciones. Cuando la discrepancia de un miembro resulta significativa (por *oportunidad*, formulaciones o consecuencias), puede llegar a entenderse que esta persona o grupo de personas no representa ya los intereses del sistema, pudiendo en tal caso ser inhibido, anulado o expulsado.

Dificultad para la desidentificación. Lo anterior admite otra lectura: la dificultad para la *desidentificación* y el *desaprendizaje* o liberación de las propias opiniones, esquemas o prejuicios. Desde el punto de vista del sujeto o grupo afiliado o simpatizante de un partido político, y en virtud de una *inercia afecto-cognoscitiva* sintomática de egocentrismo (A. de la Herrán, 1997), se tiende a continuar en las propias posiciones adoptadas en un pasado inmediato (minutos, horas, semanas) o mediato (años, tradición política), condicionadas por el orgullo o satisfacción de lo que se dijo o hizo. Esta *dificultad de aprendizaje* para variar la propia inercia afecto-cognoscitiva actúa como lastre para la transformación, en función de lo más conveniente para la posible evolución humana, más allá del ego propio y colectivo.

Imposición externa de la democracia. Parece ser que la *democracia de la cantidad* y el *pensamiento débil* no evita la imposición *directa* (violencia) o *indirecta* (presión) de los propios modelos de funcionamiento a entornos que carecen de ellos o que desarrollan otros. Esta *motivación agresiva* suele estar asociada a otros intereses hegemónicos. Pero la historia nos enseña que la democracia no se puede extender por la ley *zoica* del más alto y el más fuerte.³ Y es que el camino más sólido es el nacido del pueblo, si acaso arropado por expectativas de logro por personas y sistemas significativos. A partir de aquí, muchas veces lo más urgente es esperar. El camino más corto suele ser el circunloquio. Cada pueblo es distinto y tiene un estadio y un ritmo evolutivo pocas veces transferible.

4. Actitudes duales:

Hacia opciones *concurstantes* o *adversarios*. La política de adversarios coadyuva a la desconfianza en el otro, la prevención, la suspicacia, la tensión, el prejuicio, la crítica destructiva o la búsqueda sistemática de imperfecciones o huecos, etc., en función del propio beneficio. Todo ello conduce al desarrollo de un discurso emocional polarizado en la descalificación, en la búsqueda de objetos de crítica destructiva y en el desacuerdo sistemático (cuya práctica es un imperativo de la oposición), etc. La articulación de la

³ No sirve aquí aquello de que la democracia sea *el menos malo de los sistemas*.

política de adversarios sobre el *pensamiento dual* y de las premisas, intereses y sesgos sistémicos conduce habitualmente a desarrollar dos clases de comportamientos:

- a) Directos: Hacia estos partidos: Etiquetar negativamente, elaborar conclusiones predefinidas, habilidad para echar las culpas o encontrar culpables fuera, desarrollo e invención de tramas, pactos, repartos de privilegios o de beneficios (*trozos de tarta* o *partes de manta*), tergiversación, veto, interpretaciones arbitrarias de las leyes, de la ética, de las necesidades sociales, la práctica de la mentira, el mal uso de la expectativa, el refuerzo y el prejuicio, etc. Incluso muestras de agresividad comunicativa, que, con bastante frecuencia, culmina en continuas faltas de respeto, descalificaciones personales y profesionales, calumnias, insultos, crispaciones, evidencias su mal hacer o quehacer claramente mejorable, etc.
- b) Indirectos: Desde lo que de estos partidos se recibe: No reconocer derrotas propias ni victorias de otros, reconocer que la opción de enfrente tiene la razón o que tiene mayores y mejores argumentos que la propia, no se reconoce nada positivo de los otros partidos: ni actitudes motivadoras (acaso honestidad), ni procesos (por ejemplo, dificultades, esfuerzos) ni resultados (realizaciones, logros), etc.

Las actitudes y valoraciones hacia otras opciones suelen ser poco fiables. Su escasa validez se puede demostrar del modo siguiente: si algunos logros criticados por *ismo* ajenos fuesen realizados por la propia *opción*, en lugar de criticados serían ensalzados. Luego con frecuencia las motivaciones y las críticas no se centran tanto en los logros y las realizaciones en sentido estricto, sino en el sujeto que las lleva a cabo.

Hacia el propio partido. Entre las actitudes duales típicas destacan la invitación a la identificación parcial, a la seguridad, a la dependencia, al quietismo, a la ausencia de duda, etc. En una palabra: esmero en la nutrición del *pensamiento identificado* o *inmaduro*. Para contribuir a esta clase de estabilidad interna, se recurre a la linealidad discursiva, que muchas veces se aparta del razonamiento *complejo-evolucionista*; la práctica de clasismo o la jerarquización funcional, en sentido estricto; el cultivo de una relativa infalibilidad ideológica, cuya pretensión es comunicar fiabilidad a los afiliados y simpatizantes; la práctica de respuestas predeterminadas e impersonales internamente consensuadas, etc.

Hacia los votantes. Los partidos democráticos necesitan mantener su estatus a toda costa. Para ello, algunas estrategias normales son: Decir lo que la gente quiere escuchar; evitar que la gente escuche o reflexione en sentidos inconvenientes, para lo que se suele mostrar solo una parte, tapar, tergiversar y hasta mentir con un respaldo calculado; identificar solidez con el cierre al diálogo y al cambio; no reconocer las propias debilidades; no reconocer las fortalezas y aciertos ajenos ante los miembros o simpatizantes del propio partido, etc.

5. Cultura:

Partidos, más que ideas. Actualmente la democracia se orienta más sobre *políticas* que sobre *ideas*, sobre *egos* más que sobre *conciencia*. Si predominaran las *ideas*, no se tendría inconveniente en aplaudir buenos discursos y buenas ideas del partido de enfrente, e interpretar esos aplausos o reconocimientos, como un acto de consideración honesta, no como una *estrategia interesada*. En este contexto de *ombligismo de partida y de llegada*, de *inercia de la dualidad* y de inmadurez institucional, son menos frecuentes y generan sorpresa, recelo e incluso malas interpretaciones la práctica de la cooperación, de la generosidad, de la convergencia, del propio reconocimiento de errores, del reconocimiento de aciertos de la comunidad concursante, etc. De hecho, por una *ósmosis* o *inercia normalizadora*, los políticos o gestos de esta segunda vertiente tienden a cambiar de comportamiento o a extinguirse. Sólo excepcionalmente pueden redoblar su liderazgo.

Parlamento: Información, más que conocimiento. Los Parlamentos de la *democracia débil* no suelen ser casas para el debate de ideas. Más bien es un recinto en el que informa de las *ideas del propio grupo y su programa mental compartido* aplicado a lo que se esté tratando), en función de un cálculo de votos, que lo preside todo. El egocentrismo desborda al conocimiento -¡ay, Kant!-, que normalmente anula, desoye, catapulta o utiliza las ideas según la rentabilidad del sistema de referencia o pertenencia. Por ejemplo, hacia los partidos concursantes se tiende a practicar la *sordera comprensiva* que lleva a no atender ni siquiera ideas interesantes o útiles, porque predominantemente se juzgan en función de quién provengan. Más que de *diálogos de sordos* habría que hablar de *monólogos de ensordecidos*. Mención especial merece el trato a los partidos minoritarios, con quienes se suele practicar sistemáticamente la *falta de respeto*. Esta actitud se evidencia cuando toman la palabra sus portavoces, ante los que se suele responder Ausentándose del foro; aprovechando para realizar *otras actividades*; prestando menos atención; haciendo más ruido; no reconociendo el valor del mensaje; no aplaudiendo, etc. Y ocurre que hay personas con un nivel de conciencia, sensibilidad y capacidad indagatoria superior a la mayoría, que pudiera pertenecer a algún grupo minoritario y por ello permanecer *invisibles* a los parlamentarios, los medios y los ciudadanos. Por el contrario, hacia el propio partido o los partidos afines, justo lo contrario. Se verifican *actitudes y comportamientos a priori*, entre los que pueden destacarse reconocimientos narcisistas, confirmación de identificaciones y alguna de otra caricia reforzante.

III CONCLUSIONES. Las motivaciones y comportamientos *democráticos* descritos distan mucho de preservar, cultivar y desarrollar el *espíritu democrático*. La *democracia actual* es un eslabón perdido de sí misma. La causa-raíz es un superávit de *egocentrismo*. Es muy interesante identificar al *egocentrismo* como la característica propia de la inmadurez. Esto es aplicable a profesionales, colectivos, instituciones, *ismos* y democracias en general. Darse cuenta de esto es dar un paso muy importante en el sentido de la *evolución posible*. Además, sugerimos pensar en éstos: Comprometerse profundamente con la *evolución de la democracia*, no sólo con su *desarrollo parcial* desde una actitud partidista o dual; centrar la percepción política-democrática en el conocimiento, el respeto y la convergencia posible con otras opciones o fuentes de razones; superar el egocentrismo individual y colectivo mirando a la *universalidad* y la *complejidad de conciencia*, y tener en cuenta estas consideraciones a la hora de votar o reflexionar sobre las propuestas de un partido.

BIBLIOGRAFÍA

- Herrán, A. de la (1997). El ego humano. Del yo existencial al ser esencial. Madrid: San Pablo.
- Herrán, A. de la, y Muñoz, J. (2002). Educación para la universalidad. Más allá de la globalización. Madrid: Dilex.
- Herrán, A. de la, y González, I. (2002). El ego docente, punto ciego de la enseñanza, el desarrollo profesional y la formación del profesorado. Madrid: Editorial Universitas.
- Herrán, A. de la (2003). El siglo de la educación. Formación evolucionista para el cambio social. Huelva: Hergué.